

El nuevo gobierno

Como era previsible, en las pasadas elecciones el Partido Popular arrasó. En realidad su abultada victoria es más bien ficticia. Así, en las anteriores elecciones obtuvieron 10.278.010 votos, y en estas últimas 10.830.693 votos. Es decir, un incremento de 552.683 votos (un aumento en votos del 5,37%). Pero tal aumento ha representado que el número de sus diputados se ha acrecentado en 32, con un aumento porcentual del 20,77%, a todas luces desproporcionado.

Como resultado de todo ello, con una proporción del 44,62% de los votantes, obtienen una representación del 53,14% de los diputados, es decir un 8,52% de exceso. Y eso contando solo los votos emitidos, porque si buscamos la representatividad real, es decir, en relación a la población que tiene derecho a elegir a sus representantes, tal representatividad disminuye hasta el 29,69%, lo que, evidentemente, cuestiona el supuesto modelo democrático que padecemos.

La victoria del PP no es mérito propio, sino el resultado del descalabro del PSOE, indudablemente labrado por meritos propios. Algo que, como ya he apuntado, era totalmente previsible. Y para que esa previsión no fallara, el Partido Popular lanzó una campaña totalmente engañosa, con afirmaciones tales como que sus políticas no implicarían recortes sociales. El objetivo de tal campaña era, claramente, no solo arrebatarse votos al PSOE (algo realmente difícil como se ha podido comprobar), sino evitar que los votantes habituales de su máximo oponente optaran por mantener su voto a la opción socialista, pese al desencanto provocado por la política seguida por éste (objetivo sí cumplido).

Si el voto descontento hubiera alimentado candidaturas alternativas, en lugar de engrosar la abstención o el voto en blanco, es muy posible que el reparto final hubiera sido mucho mejor. Lo más probable es que, dado nuestro perverso sistema electoral, el PP hubiera seguido ganando las elecciones, pero desde una posición sin mayoría absoluta, lo que habría sido el mejor resultado posible.

El hecho es que, apenas iniciado el mandato, ya se ha quitado la careta, y de lo dicho nada. Las primeras medidas ya apuntan claramente a una pérdida de garantías sociales: congelación del salario mínimo, anuncios de nueva reforma laboral (incluyendo el nuevo contrato de semiesclavitud que ya funciona en Alemania) y de las pensiones, privatizaciones, copagos en sanidad, etc.

La citada modalidad de contratación solo puede ser así calificada. Una modalidad que se supone no incluye jornada completa, pero que ya se ha comprobado en la propia Alemania que, si quieres seguir

trabajando, tienes que sobrepasar ampliamente los límites establecidos por la ley, y con un salario de 400 euros/mes, y que solo sirve para crear y ampliar la marginación y la miseria. Es más que evidente que, a largo/medio plazo, el objetivo es reducir las condiciones laborales de los trabajadores europeos hasta igualarlas a las de semiesclavitud, con nulos derechos, que imperan en oriente (China, Tailandia, etc.), para que, de esa forma, los explotadores puedan mantener sus beneficios.

Mariano Rajoy y sus muchachos no aportan nada nuevo, sino más de lo mismo elevado a una mayor potencia. Para eso no eran necesarias elecciones, y las tan cacareadas alternativas se desvanecen como el humo ¿Alguien creía realmente que iba a ser diferente? Sinceramente, no se si calificar a quien eso pensaba de inocente o estúpido.

Tan asumido tiene este gobierno que son simples marionetas del poder financiero, que ya anuncian la entrada en recesión para el próximo año. Una recesión de la que ellos tendrán buena parte de responsabilidad. Mantener las mismas políticas llevadas a cabo hasta ahora, y en todo caso profundizar aun más en ellas, es la opción más segura para que la recesión se confirme en toda su crudeza. Joseph Stiglitz, premio Nobel de economía del año 2001, ya lo dejó meridianamente claro hace un par de meses: "**La austeridad es un suicidio**". Las medidas ya anunciadas, y las previsibles a la vista de las primeras, son totalmente erróneas. La actual crisis es una crisis de demanda. La falta de dinero la contrae, y con ella toda la economía. Las medidas ya anunciadas por Mariano Rajoy profundizan en las mismas causas de la crisis, agravándola inevitablemente. El único interés de este gobierno, al igual que el anterior, es mantener la rentabilidad del sector financiero, aunque sea a costa de toda la sociedad.

No obstante, esta respuesta política no debería generar sorpresa. El Partido Popular siempre ha sintonizado con los intereses del sector financiero, así pues en ningún caso era de esperar que optara por llevar acabo políticas económicas que, aunque fueran adecuadas para la solución de la crisis, le enfrentaran a dicho sector.

Que a pesar de este hecho sobradamente conocido obtuviera algo más de diez millones de votos (casi once), solo puede explicarse por la incultura política y económica generalizada de esta sociedad. Ya que el daño está hecho, sería deseable que, al menos, sirviera de acicate para la reflexión, y que no volviéramos a tropezar en la misma piedra, aunque mucho me temo que la cerrazón y la incapacidad de reflexión y análisis son demasiado grandes para que ello ocurra.